

Catarsis voluntarias

Argelio Gasca

Lo malo era el odioso tic, esa repetida necesidad que amenazaba con no acabarse nunca. Lo demás parecía estable. A pesar de eso otro que escapaba de los objetos y los hacía hablar: algo como vacío cosificado, pero sin principio ni fin. Aparte el oculto deseo de no verlos, de no oírlos, de imaginarlos inexistentes, a los objetos. Pero de ser cierto, este deseo era un deseo inconfesado, oscuro, mecánico. Porque el tic se manifestaba con una dirección exageradamente unívoca, tal vez demasiado clara para el observador.

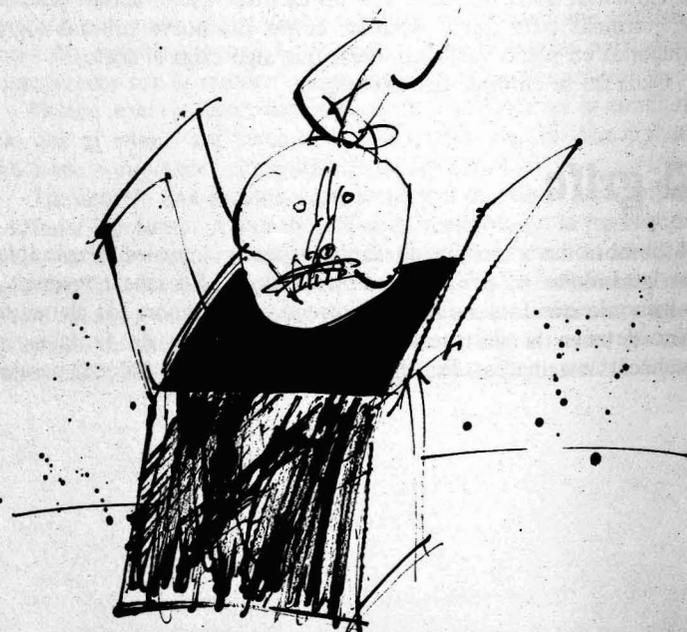
En principio consistía en un desesperado afán por cerrar los ojos con intensidad. Este era el primer síntoma y resultaba fatal, tan fatal como la irrevocable caída desde un décimo piso una vez que la cabeza se ha inclinado lo suficiente como para poder ver el ángulo en donde se une la fachada con el asfalto. Casi podría decirse que era un rasgo de protesta contra la simetría de las cosas, contra ese modo siniestro de arrancarlas de su caos original y que en cierta forma les proporciona un orden sin sentido, un rostro inauténtico. Desde la más descarada perspectiva esta suposición parece concluyente. Lo que no puede impedir que, una vez aceptada, todos los objetos, las personas, los árboles y hasta los escritorios se pongan a girar en una danza desorbitada y bárbara que no obstante posee el eje específico que la torna, además de aguda, legítima por lo calculada, por lo geométrica, aunque esa palabra ahogue y lo lleve a levantarse con violencia, con un gesto más abrupto aún por lo pueril: una patada intempestiva y resonante contra el piso, quizá contra el eje que lo desespera en cuanto descubre que es de él.

Pero había un síntoma más y más pesado de llevar pues resultaba más notorio. Era un lento movimiento de la cabeza hacia un lado y otro del cuerpo, exactamente como cuando se dice *no* pero con mayor énfasis, como si fuera un *no* que no debe pronunciarse, un *no* tragado pero tan intenso que él mismo no puede renunciar a salir a la luz pública. En síntesis: un *no* que es otro gesto de protesta, sólo que con más amplia significación, el único *no* decidido a abarcar un vasto campo de afirmaciones, posiblemente un *no* contra todo lo posible, o contra el ritmo de todo lo posible (porque es preciso decir que los movimientos de la cabeza son rítmicos, de medida justa a pesar de lo convulsionada). Sin embargo, para un observador simple y por ello tal vez más objetivo— ese espasmódico revolverse sobre sí de una cabeza puede significar una negación mucho más concreta: contra ese sillón, digamos, o contra esa cara, o simplemente contra esta luz artificial y lechosa.

Todo eso estaba muy bien, de acuerdo. Pero la verdad es que el tic lo asaltaba hasta en la soledad de su cuarto, si bien es cierto que sin provocarle ansiedad, pues entonces se entregaba a él a sus anchas, con desenfreno, con esmero, y aun con una tensa y reconcentrada atención.

En varias ocasiones trató de controlarse. Es obvio que estando solo le resultó imposible, o bien no le encontró sentido. Porque lo grave no residía en el tic mismo (en realidad nunca dejaba de inquietarle y era para su espíritu un tormento constante e infinito, una molestia excesivamente personal pero que en última instancia formaba parte de él, casi era él). Lo terrible venía de los demás ojos, que se convertían, por obra y gracia del tic, en el órgano más sutil de un conjunto de espectadores gratuitos. Y bien podía ser que ellos callaran demasiado, pero asimismo era probable que observaran demasiado. Pensarían: "Este va a estallar de un momento a otro". Y existía la posibilidad de que no se equivocaran. Porque el control, cuando se decidía a ponerlo en práctica, le reclamaba un excesivo gasto de energía, una concentración inaudita en algo más vacío aún que el vacío que lo cercaba. Y con ello el tic no desaparecía. Todo lo contrario, se volvía más patente. Invisible, sí, pero por desgracia sólo en apariencia. Porque cualquiera podía reparar en esa desusada atención, en esos ojos siempre fijos en el lado opuesto, en el de *ellos*. Tal vez alguno tuviera los sentidos demasiado desarrollados y notaría el ritmo del tic, que no dejaba de palpar y de herir. Lo peor es que el pinchazo no se clavaba en la conciencia (hubiera sido pavorosamente simple) sino más bien en el cuerpo, concretamente en el cuello y en los párpados. Y además el sudor, que empapaba las manos. Y las manos mismas, crispadas, aferradas a cualquier objeto previsible de un modo tal que lo hacían sentirse simio, que lo hacían pensar en un remoto atavismo guardado por generaciones enteras y rebotando ahora en él en forma inexorable...

En esos momentos él adivinaba que el desahogo se encerraba en un grito detonante, casi inaudible, en un aullido para ser más claros. Pero ese aullido significaba un rompimiento total de la voluntad, un derrumbarse hacia atrás con todo el cuerpo y con las órbitas en blanco, un mirar hacia adentro y al fondo más fondo de ese adentro, un hundirse bien y bonito en el fango de ese vacío viscoso que lo perseguía como un centinela en una noche deshabi-





tada y profunda. Entonces había que aguantar más, buscar otra puerta. Un brusco movimiento repentino, por ejemplo. Lo más imperceptible que pudiera ser, lo más cuidadoso posible. Pero siempre era notado. En la oficina representaba un inesperado impulso por revolver los papeles que había sobre su escritorio y que en ese momento su jefe analizaba. En el restaurante era el tambalearse de la mesa hasta que el contenido de los platos se derramara. Y ojalá todo se disolviera en bromas sedantes, ojalá su jefe o los comensales se enojaran. Pero, por el contrario, adoptaban una actitud sensata, de ojos vivaces y gestos de extrañeza. Como para volverse loco. Y estando loco nada tan insoportable como una mirada seca y observadora sobre los propios ojos que se quedan fijos, inmóviles, que adquieren una expresión que parece penetrante y que en realidad es desesperada.

Tanto ardor padecido a la sombra de los remordimientos lo llevó, como la casuística lleva a inventar a Dios como fuente de todo bien y maestro de todo mal, a descubrir lo que nunca se le hubiera ocurrido. Inicialmente fue sólo una sospecha, más tarde una certeza, y finalmente una decisión.

Pero procedió a la inversa de la casuística: no fue de la causa al efecto, sino del efecto a otro efecto mayor, más redondo y más simple, menos merecedor de elogios. Lo primero que se le ocurrió pensar es que pensaba. Y de ahí al vértigo final no había más de un paso. No era una negación ni tampoco una protesta generalizada. Ni siquiera el deseo de no ver. Ni siquiera lo imposible. Más bien algo parecido a lo contrario: un intenso afán de descubrir lo indiscubrible, lo cosificado, lo concreto. El tic venía a ser algo así como la representación del vacío por sí mismo, pero algo más: el vacío que a su vez lo germina, la persecución infatigable, el pensamiento sobre el pensamiento. Lo que estaba de más era el cerebro y mucho más que eso: la cabeza completa, con todos sus gestos y sus atributos: el ritmo, el lenguaje. . .

Lo meditó bien. Hizo pruebas, seleccionó, se valió del análisis. Finalmente se decidió por la mecánica: era imposible no ser libre. Uno a uno repitió una y otra vez cada uno de sus actos con infinita cautela, con una decidida fe en el aprendizaje, en el arco reflejo, en la médula espinal y en los sistemas electromecánicos y electrolíticos. Un día se puso unas gafas negras y se dirigió a su oficina con los ojos cerrados. Estaba que no cabía de felicidad. Lo había logrado, era posible. Pero entonces se encontró con el aspecto más difícil de todo el programa y en el cual no había reparado hasta ese momento: cómo liberarse de la cabeza. Una vez más los objetos lo traicionaban, lo llevaban a su esfera simétrica y sin dirección. Desesperado, decidió meditar una vez más y se encerró en su casa una semana entera.

Pasó los días debatiéndose entre esa oscura maleza que formaban su pensamiento y el peso de su tic entrelazados. Se sentía insoportable, pesado, estupidamente trágico. Casi no comía y se

pasaba largas horas de ansiedad frente a las ventanas, respirando su angustia, buscando ver al fin el aire en cualquier rincón del espacio. Fue así como llegó a lo insólito, o a lo que él imaginó que era insólito.

Era muy temprano y hacía una mañana radiante. Él estaba viviendo una de esas momentáneas treguas que le concedía el irresistible tic. Podía observar con tranquilidad a los niños que corrían rumbo a la escuela, olía la ardiente vegetación joven y acuosa, respiraba algo de aire y sentía nostalgia de una vida no oscurecida por un padecimiento inconfesado e inexplicable. De pronto se presentó el tic una vez más. Al principio como una amenaza, una sombra imaginada, y de repente frenético, con todo el furor de que él era capaz en sus momentos de soledad y de descaro auténtico. Pero esta vez creció mucho más de lo debido.

Movía la cabeza hacia un lado y hacia el otro con una rapidez extraordinaria. Al mismo tiempo, pero a ritmo de contrapunto, cerraba y abría los ojos intermitentemente. Los objetos aparecían y desaparecían dislocados, fuera del espacio, más allá del tiempo, frágiles manchas de la más pura fantasía. Parecía que se iba a tirar al suelo echando espumarajos y revolcándose interminablemente.

Pero no. La lucidez o el cansancio cobraron también un vigor desusado. Alzó las manos lentamente y se las llevó a la cabeza. La envolvió con todo el entusiasmo de que no había sido capaz en mucho tiempo y aulló al fin o creyó aullar. Porque en una de las vueltas espasmódicas imprimió fuerza al impulso inicial y descubrió el verdadero origen de su obsesión: la cabeza quedó viendo hacia atrás, perfectamente inmóvil. Bajó las manos, no cabía en su asombro. Lo meditó bien durante un largo rato y las volvió a elevar. Tomó la cabeza cuidadosamente, tuvo que hacer a un lado uno de los dedos porque éste oprimía un ojo, impidiendo la visibilidad completa. Contempló por última vez su casa, los sillones, la mesa del comedor, las paredes y los cuadros colocados en ellas. Se sentía tranquilo pero deseaba terminar la operación lo antes posible. Imprimió una vuelta casi completa y se encontró con la cabeza viendo otra vez al frente. Continuó. Otra media vuelta y de nuevo vio lo que había a sus espaldas. Otra más y. . . la cabeza cedió, abandonó el tronco del cuerpo y la tuvo con todo su peso entre las manos. La apoyó contra su pecho y corrió, desesperado, hacia su cuarto. Ahí estaba, como pudo fácilmente comprobar con las piernas y la cintura, la caja especial que había mandado hacer expofeso cuando dio principio la realización de su plan liberador. Con sumo cuidado depositó en el interior la cabeza. Después cerró las puertas, que quedaban selladas automáticamente, en previsión de cualquier siniestra tentación eventual. Luego se quedó parado unos instantes frente al mueble, satisfecho. Finalmente se tiró sobre la cama a reposar, definitivamente tranquilo. Su corazón latía con calma y por sus venas sentía correr una sangre fresca, llena de vigor, suya.